

(HISTORIAS)
**BAJO
CERO**

Juan Vallejo

Índice

LIBÉROME, MONTAÑA, DE PENSAR... JUANJO SAN SEBASTIÁN.....	6	CORREDOR HORNBEIN. MALDITAS AVALANCHAS.....	95
PREÁMBULO. EL CHALTÉN. MARZO DE 2019	8	BROAD PEAK. UN ESFUERZO AL LÍMITE.....	100
LOS INICIOS.....	12	NUPTSE. UN VIENTO FUERTE Y HELADOR.....	112
EVEREST. LA PRIMERA OPORTUNIDAD	15	PROYECTO WOPEAK	118
EN LA RUTA DE LOS CATORCE	19	PAIJU PEAK. CUANDO ES QUE NO...	118
MAKALU. MI PRIMER OCHOMIL.....	19	CHAMLANG. GOLPEADOS POR EL VIENTO	123
LHOTSE EN ESTILO LIGERO Y RITMO VERTIGINOSO	22	GASHERBRUM I Y II. UN SABOR AGRIDULCE	129
SHISHA PANGMA. TRAGEDIA Y SEGUNDA OPORTUNIDAD	25	TIEMPO DE TRAVESÍAS	135
DHAULAGIRI. ¿DÓNDE ESTÁ LA CIMA?	28	LAS GRANDES LLANURAS HELADAS	135
LOS AÑOS DE <i>AL FILO DE LO IMPOSIBLE</i>	31	EL TERRIBLE PASO ROKKO. EL HIELO CONTINENTAL	136
ANNAPURNA. EL TRIUNFO DE JUANITO	31	GEORGIA DEL SUR. EL ÚLTIMO CAZADOR DE DRAGONES.....	140
EVEREST. SOLO EN LO MÁS ALTO DEL PLANETA.....	32	GROENLANDIA DE SUR A NORTE. UNA DE COMETAS	144
BROAD PEAK. CON EL FRÍO COMO COMPAÑERO	43	ANTÁRTIDA, FRÍO, FRÍO Y MÁS FRÍO	149
CHO OYU. ¿UN OCHOMIL SENCILLO?.....	47	LOS OTROS VIAJES	158
EL DESAFÍO DEL K2. UNA LUCHA A MUERTE	49	PERÚ, ...¿Y EL HORNILLO?.....	159
KANGCHENJUNGA. UNA TRAVESÍA AMBICIOSA	61	CANADÁ. EL CIRCO DE LAS "INESCALABLES"	160
EVEREST. POR EL CORREDOR HORNBEIN.....	64	EL CAPITÁN. UN SUEÑO HECHO REALIDAD	165
GASHERBRUM II. LA SOMBRA DE LA DUDA.....	75	ACONCAGUA SUR. AGOTADOS Y TIRITANDO	167
GASHERBRUM IV. UNA CUMBRE PRESTIGIOSA.....	82	TORRE SIN NOMBRE. Y LA ACLIMATACIÓN, ¿QUÉ?	171
BASQUE TEAM.....	89	OGRO. ¿DÓNDE ESTÁ EL BUEN TIEMPO?	175
MAKALU. EL PILAR OESTE	89	PATAGONIA. EL INEXPUGNABLE CERRO TORRE	180
		EPÍLOGO. PHURBI CHYACHU. UN RETO PERSONAL.....	185

LIBÉRAME, MONTAÑA, DE PENSAR...

Juanjo San Sebastián

Juanjo, no te lo vas a creer: he escrito un libro. Y me gustaría que me hicieras el prólogo. Te lo digo, sobre todo, porque quisiera que en él haya algo que esté bien escrito». Creo que, si me esforzara por definir a Juan, no conseguiría nada mejor que colocar esa frase. Juan es, entre otras muchas cosas, divertido y humilde. Tuve la fortuna de ser vitoriano durante cuatro años de mi vida y a esa suerte se añadió la de ser, durante muchos años más, muy amigo de su familia. Su padre, Ángel Rosen, siempre fue para mí un referente clave desde ese trinomio clave: el alpino, el personal... y el humorístico.

Conocí a Juan y al resto de sus hermanos cuando eran unos niños, también muy graciosos, que iban creciendo. Juan disfrutaba con el esquí de fondo y jugaba bastante bien a la pelota. Pero un buen día Ángel nos dijo, así de pronto, que su hijo Juan se iba al Everest. En su semblante se mezclaban sorpresa, incredulidad, distancia, escepticismo... pero ni un átomo de voluntad de frenarle. A pesar de que añadió: «pero si no tiene ni puta idea...».

El relato de «aquel» Everest aparece entre los contenidos de esta obra, que me ha sorprendido en muchos aspectos. Al repasar su índice, he llegado a sentir confusión mezclada con auténtico vértigo, hasta el punto de que me asaltara una pregunta inevitable: ¿Cómo puede una sola persona haber «perpetrado» tanta actividad de tan altísima calidad? Después, dejado atrás el índice y al entrar en materia, surgían otras cuestiones: ¿Cómo se puede soportar, en una sola vida, tantas situaciones de incomodidad, penuria, incertidumbre y tensión extremas? ¿Cómo se afrontan tantas situaciones de tan alto grado de adversidad?: muertes y accidentes graves de compañeros, accidentes propios –uno de ellos, gravísimo–, y ¿cómo podía mantener intacto el deseo de regresar a esos lugares, tan en el confín de la vida?

Son preguntas que tantas veces me han hecho, cuyas respuestas creía conocer y que, sin embargo, como si fuera un profano, me surgen con fuerza al leer (historias) Bajo Cero. Entre sus líneas, sigue Juan provocando mi admiración: si no he contado mal, me salen quince expediciones para conseguir nueve «éxitos» en otras tantas cimas de más de ocho mil metros y, si bien me llama mucho más la atención el «cómo» que el «qué», el estilo que las cumbres, de entre todas ellas, el relato de la travesía de las tres cimas del Broad Peak me ha puesto, especialmente, los pelos de punta.

Relevante también es el Gasherbum IV, pero si hay algo que vuelve a despertar mi admiración hacia Juan y sus compañeros es su gran número de «fracasos»: la cantidad de intentos audaces, en estilo muy ligero y por vías muy complicadas a unos cuantos ochomiles y a otros codiciados sietemiles, muchos de los cuales estuvieron a punto de haber sido «éxitos», por lo cerquísima que se quedaron de sus cumbres. Sin olvidar otras montañas de muy diferente configuración y altitud, en las que siguieron siempre itinerarios complicadísimos. O las largas e innovadoras travesías por hostiles planicies heladas...

Juan nos regala en (historias) Bajo Cero ni más ni menos que la esencia de aquel alpinismo que nos enseñaron su padre y otros grandes maestros anteriores. Es una narración de aventuras de las de verdad, de esas que se abordan con pocos medios, en lugares casi o totalmente desconocidos y donde, a la dificultad técnica, se le suma la exploración; en esos lugares, donde el sufrimiento y los riesgos son siempre altos y las posibilidades de «éxito», tan exiguas

Hay un último motivo de admiración hacia Juan, y es que me maravilla esa naturalidad que impregna a todo el relato, la discreción y la sordina con que narra, por ejemplo, el momento en que salvan la vida de un italiano en el Gasherbrum II, la despiadada falta de autocomplacencia en sus valoraciones, la sinceridad gélida y distante con la que reconoce errores y huye, como de la peste, de apropiarse de cimas que no lo han sido por tan poco... como me asombra también el tono tan similar que otorga tanto al «éxito» de una cima como al «fracaso» del último punto alcanzado bajo ella. Al leer (historias) Bajo Cero no he podido dejar de recordar una de las magníficas frases de Koldo Izagirre incorporadas por Alberto Iñurrategi a su Hire Himalaya. Una de esas frases que definen a los más grandes. A los grandes de verdad:

«Libra nazazu mendi, gorenera iritsi naizela uste izatetik»
(«Libérame montaña, de pensar que he llegado a lo más alto»).

PREFACIO

El Chaltén. Marzo de 2019

Abro los ojos y no veo más que luces, unas luces potentes, desagradables, una claridad que se empeña en cegarme. Todo a mi alrededor está desdibujado. La iluminación del albergue donde estamos instalados este año apenas permite leer sin ponerte la frontal, así que debo de estar en algún otro lado.

Ve gente, extraños que se mueven con rapidez de un lado para otro, pero como si supieran lo que hacen; van disfrazados, llevan batas y mascarillas, pero no sé quiénes son.

De repente, mi cabeza se traslada a la parte trasera de un todoterreno. Avanza a toda velocidad por una pista de tierra. Aquí también hay mucha gente; están Juan Mari y Carolina, la médica de El Chaltén, que me habla y me hace preguntas sin demasiado sentido para mí. Me miro la mano, está manchada de sangre y muy hinchada. Se ve claramente que está rota pues apunta en una dirección poco natural. No me gusta lo que veo. Me desmayo.

Cuando despierto me encuentro de nuevo en la habitación de las luces fuertes. Me quiero levantar, pero no puedo, tengo cables y tubos que entran en mi cuerpo por todas partes. No me duele nada, pero soy incapaz de moverme. Está claro que ha pasado algo serio.

Algunos días después (según me contaron cuando desperté) me trasladan a otra habitación más tranquila. Estoy relajado, como si me hubieran drogado. Juan Mari está a mi lado y esta vez empiezo a atar cabos. Recupero mi último recuerdo. Estábamos en Patagonia, no había sido un año grandioso, lo que solía ser habitual, para qué vamos a negarlo. Habíamos podido hacer un par de intentos serios: uno, al Pilar Rojo de la Mermoz, y otro, a la Torre, donde, de nuevo, nos habíamos quedado a escasos cuatro largos de la cumbre. Ambas rutas estaban sin acabar, en ambos casos a causa del mal tiempo.

Pero, al margen de eso, todo había ido bien. Habíamos pasado un mes escalando con unos amigos de Euskal Herria y apenas nos quedaban un par de días para volver a casa. Claro que, evidentemente, algo se había torcido.

Mi memoria parece recuperarse poco a poco; vuelven a mí instantes de ese último día. Estoy en la parte alta de La Plata con Juan Mari, Lander y alguno más.



En el hospital de El Calafate, después del accidente de 2019.

Es una de las modernas zonas de deportiva que han surgido en el entorno del Chaltén estos últimos años. A nuestro alrededor hay más gente que escala. Es un muro ligeramente desplomado, de unos 25 metros, repleto de vías de caliza de muy buena calidad. Comienzo a escalar y disfruto. Son vías que ya hemos hecho y conocemos bien. Llego a la reunión de un 7b, he pasado por ahí varias veces durante estas últimas semanas. Me anclo e, instintivamente, inicio la maniobra de pasar la cuerda. Alguien me habla desde la izquierda, me dice que le deje las cintas, quiere probar la vía. Y de repente... nada.

Estoy en el nuevo hospital de El Calafate. Me cuentan que he caído al suelo a plomo desde unos 25 metros. Juan Mari, a quien, por cierto, casi aplasto en mi caída, lo ha visto todo. Creo que está más en *shock* que yo. El ruido debió de ser estremecedor y me dice que aún lo escucha en su cabeza. Afortunadamente, había más gente, estábamos a apenas media hora de El Chaltén y a menos de tres de Calafate. Así pues, inconsciente, me meten en un todoterreno y me sacan de allí a toda prisa. Nos acompaña Carolina, una buena amiga y doctora del pueblo. Ella me controla hasta que llego, finalmente, al hospital. Perdí mucha sangre por las fracturas, pero, gracias a que la evacuación fue muy rápida y a la eficaz actuación de los médicos de urgencia, consiguieron sacarme adelante.

Realmente no sé lo que sucedió, aunque tampoco tiene mayor importancia. Lo único relevante es que estoy vivo. Eso sí, un poco «roto»: fractura de fémur, la pelvis hecha papilla, varias costillas rotas, la muñeca... mejor no saberlo. De postre, un neumotórax bilateral. Pero, pese a todo, vivo.

Unos días después, me operan y me reparan lo mejor que pueden. Reparten hierros por todo mi cuerpo. Lo peor son las dos varillas que me clavan en la pelvis con el fin de reducir las fracturas que sobresalen unos veinte centímetros y me impiden girarme sobre mí mismo. Esto me obliga a estar todo el día con la mirada anclada en el techo.

A los quince días, llega Ana. Ha venido desde casa y le da el relevo a Juan Mari, que se tiene que ir a trabajar. El siguiente mes lo paso en cama sin poder moverme, pues no se atreven a dejarme viajar en estas condiciones. Para entonces ya he decidido que no voy a poder volver a escalar; lo confieso, eso era lo que realmente me importaba de todo aquello. Incluso me da por dudar si podré volver a hacer una vida normal. Aunque, realmente, en ese momento no me importa nada. Estoy tan jodido que no pienso demasiado en el futuro, solo quiero salir del maldito hospital.

45 días más tarde, volamos a casa. Gracias al seguro, lo hacemos en un avión privado, seguido de un vuelo comercial, aunque en primerísima clase. Voy con 16 kilos menos y postrado en una silla de ruedas. Al llegar a Vitoria me ingresan en una clínica; me quedan por delante otras tres semanas más.

Nadie me dice cómo va a acabar todo esto, para ellos lo primordial es que estoy vivo, pero para mí no es suficiente. Hay otras cosas importantes en esta vida, las que realmente le dan sentido. Esa es mi opinión. Tengo tiempo para pensar y repensar. Es curioso lo difícil que resulta aprender y acumular experiencias para minimizar peligros, la cantidad de años necesarios para ello, y lo fácil que es acabar con todo en unos segundos a causa de un despiste de principiante.

Marzo de 2021. Esta semana hace dos años del accidente. He tenido que pasar seis veces más por el quirófano para retirar hierros y ajustar piezas, pero ya he esquiado en los Pirineos y he trabajado en los Alpes, incluso he podido encastrar alguna vía de séptimo grado con mi maltrecha muñeca. Así las cosas, no debería quejarme demasiado de cómo he quedado a pesar de todo.

Al mirar el accidente desde la distancia, no quiero caer en los tópicos de decir que me ha hecho más fuerte ni que haya aprendido ninguna lección. Simplemente creo que, como a tantos que participamos en este apasionante juego, me tocó mi parte, y, a diferencia de muchos otros, tengo la suerte de haber sobrevivido para contarlo.

Pero sí os digo una cosa. Creo que no somos conscientes de todas las veces que hemos estado cerca de que un accidente grave nos cambiara la vida y cómo, por simple suerte o por alguna otra causa, muchas veces ajena a nosotros, no ha sucedido. Desafortunadamente, en nuestra profesión los accidentes conllevan un precio a pagar y suele ser muy alto. Lo habitual no es tener segundas oportunidades, así que, por lo que me toca, solo puedo estar agradecido e intentar aprovechar al máximo el tiempo que me queda. A partir de ahora haré lo que mi cuerpo y las ganas me permitan.

Curiosamente, la inactividad entre operación y operación me ha permitido dedicar más tiempo a cosas que tenía bastante abandonadas, como, por ejemplo, escribir este libro. En él recojo algunos de los viajes de mi vida, algo para lo que nunca encontraba el momento.

LOS INICIOS

Habría sido muy poco probable que yo hubiera sido futbolista o me hubiera dedicado a otro deporte que no fuera el alpinismo. Quisiera o no, mi destino estaba ligado a las ascensiones a montañas desde que nació. El principal «culpable» de ello fue, por supuesto, mi padre, Ángel Rosen. En los años 60 y 70 del siglo XX, cuando la escalada no era ni de lejos un deporte de masas, mi padre y sus amigos pasaban gran parte de su tiempo entre montañas, donde se encaramaban a todo lo que sobresalía del suelo.

No hace falta decir que esa afición arrastraba a toda la familia. Lo habitual casi todos los fines de semana era vernos, en compañía de otras, a los pies de los molinos de Eginu, en alguna pradera de los Pirineos; o los agostos, en alguno de los campings de los alrededores de Chamonix. He de decir en su descarga que nunca nos presionó para que hiciéramos nada en contra de nuestra voluntad. La pasión por las montañas y por escalar surgió en mí de una forma espontánea y natural.

Mis primeros pasos en la roca fueron en las paredes de Eginu de su mano, por supuesto. La escalada en aquel tiempo no era tan «complicada» como ahora, con tantas reglas. Íbamos a disfrutar, sin fijarnos tanto en cómo lo hacíamos. Intentabas subir de la mejor manera posible, lo que suponía que te agarrabas a todo lo que sobresalía de la roca: clavos, ramas, cordinos e incluso las presas naturales. Cuando todo esto no era suficiente, sacabas los estribos y seguías con el ascenso. Sí, era una forma un tanto rudimentaria de escalar y cualquier parecido con lo que conocemos hoy como escalada deportiva moderna era absolutamente casual, pero era una forma eficaz de ascender, te proporcionaba grandes recursos y te capacitaba para subir por casi cualquier lado. La evolución fue la obvia, la que impedía en aquellos años, claro está. Primero fuimos a Pirineos, y después, a los Alpes.

En 1982 mientras disfrutábamos de uno de esos veranos familiares en Chamonix, dos amigos de mi padre con los que compartíamos camping me propusieron intentar escalar el Mont Blanc. No me lo pensé ni medio segundo, les dije que sí de la misma, aunque no tenía muy claro de qué se trataba ni disponía del material necesario. Pero hicimos una colecta entre los allí presentes y salimos a intentar ganarnos el techo de Europa. Iba vestido con un chándal gastado y unas viejas botas de cuero dos números más pequeños de lo que necesitaba.

Así fue como, con apenas 12 años, me estrené en las grandes montañas y sentí la atracción del hielo, las pendientes y la altitud. Recuerdo alcanzar la cumbre hela-



En la cumbre del Naranjo de Bulnes, tras escalar la cara sur, en 1983.

do de frío y agotado, pero pletórico de orgullo por no haber decepcionado a mis dos padrinos de altura, Javi Murua y Juan Oiarzabal, quienes, si he de ser sincero, creo que no daban un duro por mi capacidad para subir hasta allí.

Tras ese arranque de lujo en la alta montaña, llegaron otras muchas salidas. No me rendí al completo al alpinismo, eso sí, fue una época en la que compartí esa pasión con los partidos de pelota, las carreras de esquí de fondo e, incluso, algún que otro triatlón de invierno. Pero fueron breves tanteos con otros deportes que no hicieron sino afianzar mi auténtico destino. Ninguna otra disciplina deportiva consiguió cautivarme, cualquiera de las modalidades realizadas en la montaña era infinitamente más gratificante.

Los siguientes años estuvieron llenos de esquí de montaña y escalada, y di mis primeros pasos en el alpinismo. Descarté cualquier otra cosa ligada a la competición, aunque fuera desde lejos. Fueron años en los que, debido a la afición de mi padre y a que pasábamos mucho tiempo en familia en ambiente de montaña, el ya inoculado virus montañero caló en mí, poco a poco, hasta que ya no pude vivir sin él.

Jugó un papel decisivo el hecho de que mi madre fuese una gran apasionada de las montañas y de la vida al aire libre. Ella se encargaba de que todo fueran facilidades a la hora de salir; nos esperaba siempre con las fiambreras llenas de comida y una sonrisa en la cara al final de un día de escalada o en cualquier otra excursión.

En aquel ambiente, conocí a los montañeros de la generación de mi padre, los que formaron la columna vertebral de las primeras expediciones vascas que salieron al



Día de escalada en las paredes de Euskal Herria.

extranjero a escalar, y quienes consiguieron más tarde subir al Everest, ni más ni menos. Pero también me movía entre los integrantes de la nueva y emergente generación de escaladores y alpinistas vascos, con nombres tan conocidos como Oiarzabal, Miranda, Apellaniz, Madinabeitia... y otros muchos no tan renombrados que se reunían fin de semana sí y otro también en torno a las paredes de Egino, el auténtico centro neurálgico del alpinismo alavés de la época.

Recuerdo el buen ambiente que se respiraba en esas campas de la Leze o en la plaza de los monolitos, donde solo tenías que preguntar si había alguien libre para que cualquiera de los que anduviese por allí, por mucho nivel que te separara, se encorudara contigo para escalar. Entusiasmados, no dudaban en compartir

sus conocimientos de escalada, o la bota de vino y la tortilla de patatas.

De aquellos años, cuando apenas contaba con 14 o 16 primaveras, guardo imborrables recuerdos de escaladas, como el Espolón de los Franceses, el Espolón del Jiso, la chimenea Régil a Horcados Rojos, la vía Cepeda del Picu Urriellu o la Arista de los Cósmicos, en los Alpes que, para un mocoso como yo, aunque fuera normalmente de paquete, eran actividades que me parecían solo al alcance de los grandes escaladores.

Todas estas experiencias, vividas en estas clásicas imprescindibles aún hoy en día, me sirvieron para aclarar la senda, para tener muy claro qué era lo que me gustaría hacer cuando fuera «mayor».

Nunca he dejado de acudir casi a diario a la montaña y he tenido la oportunidad de conocer muchísimos países, la gran mayoría de las grandes cordilleras de la Tierra e incluso las inmensas llanuras polares. Mi trayectoria está llena de montañas y experiencias que me han forjado como persona, y me he podido permitir el lujo de convertirlo en mi modo de vida. Por supuesto, ha habido algunos momentos amargos que desearía no haber vivido, pero, aun y todo, no cambiaría mi existencia por ninguna otra.

1

EVEREST

La primera oportunidad

En 1993, me llegaron noticias de que, además de la expedición oficial alavesa que intentaría escalar el Everest en otoño, en la que se integrarían todos los ilustres alpinistas del momento, otro grupo de jóvenes no tan conocidos, por no decir nada conocidos, intentaba recaudar dinero con objeto de sufragar su propia expedición a la cima más alta del planeta. La intención era partir esa misma primavera.

No se trataba de una carrera y nadie pretendía tomar la delantera a esa otra expedición «oficial». Simplemente tuvieron la suerte de que hubiera un permiso libre para esa primavera y consiguieron hacerse con él. Recuerdo que en ciertos estamentos no sentó nada bien que un grupo de aficionados pudiera organizar y llevar adelante la primera ascensión alavesa por delante del «equipo titular» en el que figuraban alpinista tan consolidados como Juanito Oiarzabal, Atxo Apellaniz, Antonio Miranda y Adolfo Madinabeitia.

En fin, el caso es que de esa segunda expedición conocía personalmente a varios de ellos, pues compartía salidas al monte con más de uno. A la cabeza estaba Josu Feijoo. Así las cosas, cuando faltaban pocos días para que salieran hacia el Himalaya, Eduardo Martínez, por problemas laborales, tuvo que abandonar el proyecto y dejó una vacante. Me propusieron que ocupara su lugar. Yo tenía 23 años y ningún compromiso serio en la vida, así que tardé cero segundos en decirles que sí. Hoy, al echar la vista atrás, puestas las gafas de la perspectiva que da el tiempo, reconozco que fue una auténtica insensatez por mi parte porque, para empezar, no tenía ninguna experiencia en altura y considero que más bien poca en cotas bajas y, mira por dónde, me apunté a la conquista de la montaña más alta del planeta. Claro que tampoco me cabe la menor duda de que fue la mejor decisión de mi vida. Trenes como ese solo pasan una vez y tuve claro desde el primer momento que mecería la pena subirme a él y disfrutar de lo que viniera.

Los Josus (Alcaraz y Feijoo) eran quienes cargaban con el peso de conseguir la imprescindible financiación. Feijoo era un auténtico lince en el arte de decir a los



Vista hacia el valle desde el campo base del Everest.

posibles patrocinadores lo que querían oír, así que en poco tiempo conseguimos el dinero suficiente para volar a Nepal y poner rumbo a la región de Khumbu.

Una vez en la montaña, hay que reconocer que lo heterogéneo del grupo no auguraba nada bueno, pero la experiencia de Joxe Ramon Agirre, que ya había estado anteriormente en el Himalaya, el empuje de Alberto Zerain, que ya sabía lo que era escalar en altura por el tiempo pasado en Perú, y el hecho de que compartieramos campo base con unos cientos de alpinistas más, consiguió que nos mimetizáramos con el resto y nadie se diera cuenta de lo que en realidad éramos, esto es, un grupo de amigos sin apenas experiencia para enfrentarse a aquella espléndida y gigantesca montaña que nos superaba holgadamente por todos los costados.

Yo recordaba las historias que me había contado mi padre sobre las expediciones en las que participó entre los años 1974 y 1980, aquellos en los que se enfrentaron solos a aquella mole de rocas y hielo, únicamente ayudados por su fuerza y su saber hacer. Ahora lo comparaba con nuestra situación. “Fíjate en qué se ha convertido esto –pensaba–, una montaña en la que gente como nosotros, sin ninguna experiencia, tiene muchísimas más posibilidades que ellos de hacer cima, gracias a que contamos con la ayuda de porteadores de altura, oxígeno embotellado y cuerdas fijas”.

Después de una fase de aclimatación, que, afortunadamente, trascurrió sin incidentes reseñables, la montaña hizo su propia selección y marcó a cada uno cuál era su camino. En el ataque a cima, solo quedábamos cuatro de los doce que

habíamos salido de Gasteiz: Alberto Zerain, Zeras; Joxe Ramon Agirre, Marron; José María Oñate, el Habitxuela; y yo. El plan era ascender hasta el campo II de un tirón y, desde allí, subir al Collado Sur para intentar la cumbre. Era factible debido a que ya estábamos aclimatados, y era una práctica habitual saltarse campos con el fin de ahorrar noches y energía.

El día que debíamos alcanzar el Collado Sur me encontraba muy mal, sin ninguna posibilidad de intentar nada. Pero, como algo dentro de mí me susurraba que rendirse implicaría una deshonra familiar, seguí adelante, al menos, que el intento figurara en mi historial, me dije. No sé cómo, pero unas cuantas horas más tarde que mis compañeros me planté en los 8.000 metros del campo IV, apenas unas pocas horas antes de que tuviéramos que comenzar el ataque a cumbre.

Mi aspecto derrotado debía ser evidente, quedó claro por la cara que pusieron mis amigos al verme entrar en la tienda. Era obvio que no me esperaban por allí. Como no había sitio, tuve que buscarme la vida y ocupar otra tienda vecina que estaba vacía. Fue un auténtico desastre logístico que a punto estuvo de convertir mi primera experiencia en altura en la última.

Esa madrugada, mis compañeros salieron hacia la cumbre. Yo, evidentemente, bastante tenía con respirar y mantenerme vivo. Por si fuera poco, por algún error en los cálculos, no había gas, ni comida ni nada para mí. Inocente de mí, creí que alguien debía encargarse de eso.

Al día siguiente, después de que ellos consiguieran alcanzar la cumbre, yo seguía en mi mundo de hipoxia sin haber comido ni bebido nada y lo peor de todo era que parecían haberse olvidado de mí. Luego me contaron que no se les ocurrió que estuviera aún allí, que habían pensado que había descendido.

Así, al tercer día de haber llegado al Collado Sur, cuando mis amigos se disponían a bajar al campo base, a Alberto, vete a saber por qué, se le ocurrió meter la cabeza en la tienda que yo ocupaba desde que había llegado. Supongo que quería comprobar que no se olvidaban nada, y, mira por dónde,

Cascada de hielo camino del campo I.

